



Seix Barral Biblioteca Formentor

Don DeLillo

Teatro

Traducción del inglés por
Ramón Buenaventura
y Otto Minera

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Título original:

*The Day Room, The Rapture of the Athlete Assumed into Heaven, Valparaíso,
The Mystery at the Middle of Ordinary Life, Love-Lies-Bleeding*

Primera edición: abril 2011

- © *La habitación blanca*: Don DeLillo, 1986
El arrebato del deportista en su ascensión al cielo: Don DeLillo, 1990
Valparaíso: Don DeLillo, 1999
El misterio en mitad de la vida ordinaria: Don DeLillo, 2000
Sangre de amor engañado: Don DeLillo, 2006

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

- © EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2011
Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.planetadelibros.es
www.seix-barral.es

© Traducción:

La habitación blanca y *Valparaíso*: Otto Minera, 2004
El arrebato del deportista en su ascensión al cielo, *El misterio en mitad de la vida ordinaria* y *Sangre de amor engañado*: Ramón Buenaventura, 2011

ISBN: 978-84-322-0921-5

Depósito legal: M. 12.406 - 2011

Impreso en España

Industrias Gráficas Huertas, S. A., Madrid

Preimpresión: La Nueva Edimac, S. L., Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRIMER ACTO

Por la mañana. Una habitación de hospital. Dos camas, dos mesas de noche con teléfonos, dos armarios para guardar la ropa, varias sillas. Puertas al pasillo y al baño.

Luz tenue. Una figura solitaria. Es Budge, entregado a su diaria rutina de tai-chi, la antigua disciplina china de ejercicio y meditación. Lleva zapatillas y pijama blancos. Sus movimientos son lentos, estilizados, continuos, dan la sensación de ligereza. Hace los movimientos llamados «Estirar el arco» y «Mover las manos como nubes».

Las luces suben despacio. Wyatt ocupa la cama de al lado de la puerta del baño. Está sentado, leyendo el Wall Street Journal.

Cuando Budge termina sus ejercicios va a la otra cama, sube en ella y se sienta perfectamente erguido. Wyatt deja de leer. Por un momento queda ensimismado.

BUDGE:

En pocas palabras, no es usted alguien que hable demasiado.

WYATT:

No tengo esa chispa. Es un don. Algunos sí lo tienen, otros no.

BUDGE:

Pero, en un sentido, ¿no estamos aquí para hablar? ¿No se trata de eso? Incluso vamos vestidos para la ocasión. Mire, qué mejor, conversar así, con ropas holgadas que permiten gesticular con libertad, relajarse, explayarse, descargarse.

WYATT:

Yo vine para hacerme unos análisis.

BUDGE:

Pero mientras tanto... dos personas, solas, una historia común, una anatomía común, vestidos como corresponde, en una habitación semiprivada. Señor Wyatt, ¿qué mejor oportunidad? Tenemos lo esencial, todo lo esencial. Camas, sillas, temperatura controlada. No tenemos que ir a nuestras casas a dormir y luego volver hasta aquí para hablar. Aquí están las camas, aquí estamos nosotros. Nos traen la comida. Incluso la preparan aquí mismo. No tenemos que interrumpir nuestra conversación para salir a buscar por los alrededores un restorán decente, tranquilo, no demasiado caro, sin camareros indiscretos, sin focos que deslumbren, con espacio entre las mesas, donde podamos disfrutar del libre juego de un intercambio... recíproco, acompañado de una comida sustanciosa, nutritiva, sin que los platos provoquen ruidos molestos, en una calle apacible,

con árboles. Aquí estamos bien, todo está resuelto.

WYATT:

No entiendo esa palabra:
semiprivada.

BUDGE:

En pocas palabras, o es privada o no es privada.
Cómo puede ser algo semiprivado.

WYATT:

Exactamente.

BUDGE:

¿Lo ve? Una observación aguda. Nunca lo había pensado. Las cosas afloran espontáneamente en el transcurso de una charla. Es el escenario. El escenario resulta favorable. Es perfecto.

WYATT:

A mí me cuestan las palabras, señor Budge.

BUDGE:

¿Lo ve? En los hospitales el trato es amable. Señor tal, doctor cual. Cierta formalidad preside la atmósfera. Lo cual es propicio para una buena charla. Hay una dignidad, una tradición. Afuera no hay eso.

WYATT:

Excepto en los aviones.

BUDGE:

La gente es cortés en los aviones. Sí, puede que tenga usted razón.

WYATT:

Esos *jets* gigantes, como ballenas, aullando por los cielos.

BUDGE:

Un fascinante tejido de amabilidades se despliega en un vuelo transoceánico, especialmente durante los últimos segundos antes del despegue, al ponerse el sol, con todo y una tripulación de dieciséis, de veinticuatro.

WYATT:

Múltiplos de ocho.

BUDGE:

Deslizándose por la pista, con los cinturones abrochados, cada quien con su letra y su número asignados. El paisaje escapando hacia atrás, la temperatura controlada...

WYATT:

Advertimos la presencia de la muerte.

BUDGE:

¿Qué?

WYATT:

El silencio de la muerte. En los aviones, en los hospitales.

BUDGE:

Y esto hace a la gente un poco más amable, un poco más atenta. ¿Ve? Vamos bien. Hablar, para mí, es una pasión. Claro, ha de ser una buena charla. La clave está en que sea buena conversación. En esto Europa es admirable. Los cafés, el humo de los cigarrillos. Hablar se torna en algo más y más apasionante a medida que se viaja hacia el este. París, Roma, Atenas. Una intensidad se adueña de las voces. Las palabras cobran significados profundos. En el saludo más simple está presente una fuerza vital. Una urgencia de bienestar, de intimidad, de supervivencia. El punto central reside en que uno haga compañía al otro. Y viceversa. Las voces de los demás nos acompañan, hacen posible sobrevivir bajo las más duras condiciones. Vea la experiencia árabe. Mírelos expresamente ataviados para la conversación. Prendas ondulantes, sandalias, rostros delineados por barbillas oscuras. ¿A qué clase de análisis se va a someter?

WYATT:

De rutina. Es algo que repito cada pocos años. Entrar al hospital. Regalarme un buen descanso.

BUDGE:

Siempre he pensado que eso lo hacían las estrellas de cine. Los alcohólicos famosos.

WYATT:

Está incluido en mi póliza de seguros.

BUDGE:

Gozando de esa cobertura sería necio no aprovecharla.

WYATT:

El cuerpo necesita un respiro, distraerse de las presiones cotidianas.

BUDGE:

Haile Selassie veía a su médico cada dos horas.

WYATT:

Van a hurgar en mi sistema cardiovascular, en el respiratorio.

BUDGE:

Lo llamaban el León de Judea.

WYATT:

Me van a decir que todo está bien. Básicamente, de eso se trata. Descanso. Reafirmación.

Entra Grass. Con la bata abierta y un pijama deplorable. Arrastra consigo una percha de metal con ruedas, de la que cuelga un número de botellas y bolsas llenas de fluidos de colores varios. Tubos intravenosos van de las botellas hacia distintas partes del cuerpo de Grass, entrando por las mangas del pijama, por la bragueta, etc. Viene sin afeitarse, con viejos zapatos deportivos. Entra en la habitación con lentitud excesiva.

GRASS:

Mi edificio adopta un régimen de condominio.

BUDGE:

He aquí al señor Grass en una más de sus visitas.
Le gusta. Tal vez porque nadie viene a verlo.

GRASS:

Me hago desear.

WYATT:

¿Acaso no está demasiado enfermo para andar dando vueltas?

GRASS:

Aquí traigo mi jardín colgante. Me alimenta, me lava, fustiga mi corazón, purifica mis fluidos. Es mis fluidos, por momentos.

BUDGE:

En pocas palabras, parte de eso es de usted, bombeado de su cuerpo para que retorne en forma purificada.

GRASS:

Parte es mío, parte es un producto industrial fabricado en la República de Corea. Sangre cien por ciento poliéster. Elija su color preferido.

WYATT:

¿Cuál es su problema, señor Grass?

GRASS:

Que el agua que tengo es pesada.

BUDGE:

¿Agua pesada?

WYATT:

¿La que usan en los reactores nucleares?

BUDGE:

Ese término me suena.

WYATT:

Sí, es uno de esos términos que aparecen cuando se lee sobre desastres inminentes. Hay todo un repertorio: agua pesada.

BUDGE:

Lluvia alcalina.

WYATT:

Emisiones de sulfato.

BUDGE:

Inversiones térmicas.

WYATT:

Intoxicaciones por benceno.

BUDGE:

Vamos bien. Me resulta muy grato ver cuán bien vamos progresando.

GRASS:

Y usted es el señor...

WYATT:

Wyatt.

GRASS:

Prometedora idea para un nombre.

WYATT:

No es una idea para un nombre. Es un nombre.

GRASS:

No supondría demasiado trabajo mejorarlo.

WYATT:

Soy Wyatt. Me gusta ser Wyatt.

GRASS:

¿Ha tratado de ser alguien más?

WYATT:

No sabía que podía escoger.

GRASS:

Siempre se puede. ¿Compro mi apartamento o sigo alquilándolo?

BUDGE:

Su esposa está en la junta de condominios.

GRASS:

Esa actividad colma el espacio que antes ocupaban el sexo y la violencia en su vida.

BUDGE:

Afirma que ella nunca hace visitas.

GRASS:

Tiene su club de *bridge*. Juega al tenis con alegre

regocijo. Luego está la cacería de antigüedades los fines de semana. Tiene un arco con su flecha. Sus larvas de insectos. Su fetichismo por los pies. Sus paseos en bicicleta por los viñedos. Sus coronarias infartadas.

BUDGE:

El señor Grass está a favor de un mundo equitativo.

GRASS:

Vivo en una alta torre de acero que refleja el sol ardiente. La gente se quema sólo de pasar caminando. Cuantos más cuerpos se amontonen alrededor suyo, mayor la equidad que le toca, mayor su poder y más larga su vida. Ése es el poder de vivir en las alturas. Mirar los cuerpos amontonados al caer la tarde, hora de la nostalgia, hora del recuento, cuando se preparan los cócteles y se registra el balanceo de la enorme torre por las ráfagas de aire caliente. ¿Usted dónde vive, señor Wyatt?

WYATT:

En una casa de madera, con un patio pequeño, en una calle tranquila.

GRASS: (*Irónico.*)

Viva la vida.

BUDGE:

A pesar de todo, no me cae mal el señor Grass. Algo tiene...

WYATT:

Un cierto impulso, un desbocamiento.

BUDGE:

...que aviva la conversación.

GRASS:

¿De qué color es su sangre?

WYATT:

Roja.

GRASS:

Roja. La mía también. ¿De acrílico o de poliéster?

WYATT:

Es mía, es sangre humana.

GRASS:

He realizado fuertes inversiones en el mercado de futuros. Mi apuesta es por la sangre de poliéster. Mantengo abierta una línea directa en Bolsa. Allí una masa histérica de hombres grita sus ofertas. El producto, la sangre, se ofrece bajo la forma de trajes cruzados con dos filas de botones. Son los únicos que uso. Cuando sufro un colapso en la calle los paramédicos corren conmigo al hospital, licuan el traje y lo inyectan en mis venas.

WYATT:

¿Y luego qué?

GRASS:

Entra la enfermera.

Entra la enfermera Walker.

ENFERMERA WALKER:

Muy bien, señor Grass. Ha llegado el momento de regresar por donde vino.

Empieza a desconectarlo del enjambre de botellas y tubos. Entra el doctor Phelps.

WYATT:

¿Qué está pasando?

GRASS:

¿Qué ocurre?

DOCTOR PHELPS:

Usted es nuevo en este piso, ¿no? Soy el doctor Phelps. ¿Qué puedo decirle? Lo siento, lo siento. Muchísimo. También me gustaría decirle que esto, antes, nunca habría ocurrido. Pero sí, sí ha ocurrido.

WYATT:

¿Quién es él?

GRASS:

Sí, ¿quién es?

ENFERMERA WALKER:

Ya ha ocurrido tres veces; para ser exactos.

DOCTOR PHELPS:

Es completamente inofensivo. Lo que sucede es

que se escapa del pabellón psiquiátrico Arno Klein, se escurre por el vestíbulo común, se cuela en un ascensor, da con un dispositivo intravenoso, se conecta él mismo y entonces se echa a caminar por los pasillos y va de visita en visita.

ENFERMERA WALKER:

Reclama un poco de atención. Eso es todo.

DOCTOR PHELPS:

Es completamente inofensivo.

BUDGE:

Sólo pide un poco de compañía, un poco de cháchara.

WYATT:

¿Y toda esa parafernalia no le es necesaria?

DOCTOR PHELPS:

Físicamente es un hombre sano, a pesar de las apariencias. Usted es el paciente del doctor Bazelon. Chequeo de rutina, ¿no es así?

WYATT:

Estrictamente de rutina.

DOCTOR PHELPS:

Bien.

WYATT:

Chequeo general, básico.

DOCTOR PHELPS:

Muy bien.

WYATT:

Completa y totalmente inocuo.

DOCTOR PHELPS:

Muy bien, muy bien.

GRASS:

Hay una obra gigantesca, todavía no escrita, sobre la luminosidad. «La luminosidad se precipita desde las alturas.» Eso es lo único que han escrito hasta ahora de cuanto podría escribirse sobre un tema tan vasto y deslumbrante.

DOCTOR PHELPS:

Bueno, acompañaré a nuestro amigo a la sala de enfermeras. Se lo aseguro: no volverá a suceder.

WYATT:

Muchas gracias.

BUDGE:

Gracias, doctor.

El doctor Phelps sale con Grass y el dispositivo intravenoso.

ENFERMERA WALKER:

Siempre que pienso que mi trabajo es duro, pienso en las enfermeras del otro pabellón.

BUDGE:

¿De qué habla?

ENFERMERA WALKER:

Ellas reciben a idiotas, a histéricos. Se enfrentan a episodios psicóticos; con nosotras sólo llegan enfermos. Ellas tratan con fantasías, nosotras con la muerte.

WYATT:

¿Qué tiene de fácil la muerte?

ENFERMERA WALKER:

Es tan predecible. Últimamente tengo la impresión de pasarme la vida lavando cadáveres para enviarlos a la morgue.

BUDGE:

No sabía que eso les tocaba a ustedes.

ENFERMERA WALKER:

La enfermera que esté a cargo de un paciente lavará el cuerpo cuando se agrave y sufra. Es la costumbre, y yo creo que está bien. Siento un respeto, de pie detrás de la cortina que aísla la cama, al anochecer, en invierno, al lavar el cuerpo, al envolverlo en una sábana mortuoria, al envolver ésta con una sábana de la cama. Siento que participo de algo antiguo y sagrado. Casi siempre mueren al anochecer, en invierno. Algo tienen esas noches heladas. Yo misma lo percibo. Una soledad en los huesos.

BUDGE:

¿Y después qué?